

Augusto d'Halmar

Por Luis Merino Reyes

Si comparamos a los mejores prosistas chilenos del siglo pasado con el autor de "La sombra del humo en el espejo", nos resultan secos, descoloridos, como si hubieran escrito en medio de otras actividades, semejantes a esos pintores de día domingo que durante la semana ejercen alguna profesión absorbente o ganan dinero en la industria o el comercio.

D'Halmar defendió la profesión de escritor y ese abandono a una pasión o a la frialdad de un pensamiento, que en medio de la blandura y molición de la vida, otorga perfiles crueles, pero que recuerda también esta frase evangélica: "El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí".

En cierta ocasión, cuando se festejaba a una poetisa chilena, oímos a d'Halmar expresar su credo con cierta terquedad y sarcasmo. Recomendaba a la dama en trance de publicar un libro, el olvido de su preocupación doméstica, la ceguera y la sordera a todo lo que no significara seguir la estrella de su vocación. Pero bien sabemos que no siempre es posible que las cosas sucedan así y que el fuego de la vocación auténtica no se nutre con facilidad de cualquiera anatomía.

En la personalidad de Augusto d'Halmar había algo de ficción y de magia, de brusca independencia. Cuando va a Roma no acude a divisar al Papa, ni sabe cuántas columnas tiene el Foro Trajano; pero cada surtidor ha dejado algo de su arco iris roto en su pupila. Son sus palabras.

Otra vez el novelista Nicomedes Guzmán y yo lo encontramos en la Librería Nascimento. Estaba un poco más delgado y ceniciento, aura de su enfermedad mortal; mas cuando se lo hicimos notar, con cierta juvenil impertinencia nos re-

firió su amistad con el último rey de España, Alfonso XIII. Nos dijo que al acudir a la Feria de Sevilla, se había encontrado con el monarca y que éste lo había saludado, diciéndole: "¿Qué hay Augusto, cómo te va? Por qué no has ido a visitarme?". "Esperaba vuestro convite, Majestad", habría replicado d'Halmar. "Tú no necesitas que te invite especialmente, repuso el rey. Anda mañana a palacio".

Envuelto en su misma capa española, d'Halmar llegó con su figura espléndida, mejor desde luego que la del propio rey, al Escorial. Y naturalmente, los chambelanes y edecanes no lo dejaron entrar, lo que produjo viva discusión. El rey, que se encontraba en el segundo piso del palacio, se sorprendió con el bullicio y abandonando sus quehaceres, se asomó por la baranda de la galería. Al reconocer al escritor chileno, exclamó: "¿Qué hay Augusto, qué sucede?". "Vine a veros, Majestad, pero no me dejan entrar". "Sube, Augusto —habría replicado el rey— no hagáis caso de esos "chupamedias" que no saben nada". Entonces d'Halmar subió a compartir la amistad del rey, envuelto en su sencillo ropaje, como un miembro de la Casa Real. La escena es prodigiosa y cuando d'Halmar la narró, Nicomedes Guzmán y yo, quedamos deslumbrados. No importa que no haya ocurrido, pero da luz profunda sobre el temperamento de nuestro artista, exhibe su capacidad para trasladarse en medio del tráfago de un día cualquiera, entre monótonas preocupaciones cotidianas, a las fábulas primitivas, donde un rey recibe a sus vasallos o se deslumbra con su ingenio, en el patio mismo del palacio, junto a una reina que está como él, posada en un trono de felpa, ornada por una corona con piedras preciosas.

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-2011

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Augusto D'Halmar [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile